

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquete de 30 ejemplares	1'00 peseta
Suscripción: España un trimestre	1'00 »
» Extranjero »	1'50 »

EN LA REPUBLICA ARGENTINA

Los aristócratas argentinos incendiarios

Al electo presidente de la República Argentina.—Madrid

MENSAJE

Mientras usted recibe homenajes y tal vez a coro ensalzan ante su presencia las excelencias del país que pronto ha de gobernar, TIERRA Y LIBERTAD, periódico obrero y por obreros sostenido, envía a usted la más enérgica protesta por los atropellos cometidos en aquella república contra los trabajadores, y el más grande desprecio contra los que ampararon u ordenaron tales salvajadas.

El grupo editor de TIERRA Y LIBERTAD

Como decíamos en el número anterior, hoy publicamos la extensa información que copiamos del Boletín de la Confederación Obrera Regional Argentina, por la cual pueden formarse nuestras lectores exacta idea de la importancia de las agresiones que la chusma burguesa-policíaca-gubernativa de-

vó a cabo en la República Argentina, invocando el nombre de la patria, cuyos vandálicos actos sólo han conseguido que sea repudiada por todas las personas que se precien de dignas y que se haya levantado un clamoreo general de protesta.

Hé aquí la información referida:

Hasta otra.—En la sociedad sportiva argentina.—Incendio en el local de "La Protesta".—Asalto a "La Vanguardia".—Asalto en la calle de Méjico.—En la calle Lavalle y Andes.—La canalla violando mujeres.—Incendio a la librería de Fuego.—[A la Bocal [A Barracas].—En la Plata y Rosario.

Nunca como ahora, la guerra entre el proletariado y la burguesía ha sido revestida de los caracteres trágicos de una lucha fuerte que se agiganta cada vez más hasta adquirir las proporciones de una batalla decisiva y triunfante.

El proletariado revolucionario va siendo una fuerza poderosa, que regula la vida por su acción consciente e impone a sus enemigos burgueses y gobernantes la aplicación de medidas tendientes a afirmar tácitamente la potencialidad constructiva y destructiva del movimiento proletario.

Estamos en pleno estado de sitio. La aplicación de esta medida implica para el proletariado el profundo pavor producido en las filas burguesas las declaraciones terminantes de una huelga general para el centenario burgués, si el estado capitalista no accedía a su voluntad de independencia y liberación.

La ley marcial ha sido decretada por el gobierno con el propósito de ahogar la huelga general en contra de la ley de residencia. ¡Regocijémonos! Somos una fuerza activa que, acrecentándose cada día más, llama la atención a nuestros enemigos, quienes se ven forzados a pensar que tienen de frente un enemigo que amenaza arrasarlo todo porque todo lo puede y todo lo obtendrá mediante su acción persistente por el debilitamiento del viejo mundo: el capitalismo, y por el desarrollo del nuevo mundo: el mundo de los productores libres de tiranos y esclavizadores.

La clase obrera en la Argentina nos acaba de dar una visión clara de su potencialidad en los últimos acontecimientos desarrollados. La huelga general realizada es la más contundente afirmación de su vitalidad y poder, a pesar de los grandes obstáculos que se han opuesto a su desenvolvimiento.

Esta huelga general, acción grandiosa desarrollada por el proletariado argentino, ha puesto bien de relieve el terror y el pánico que ha dominado a la burguesía, quien en medio de su cobardía fué incapaz de repeler el ataque que con la franqueza de los combatientes le dirigía la clase obrera. La burguesía tuvo necesidad de recurrir a medidas coercitivas que la colocaran al amparo de su aplicación, para realizar ella, impunemente, actos que sublevar los espíritus y crean el odio profundo y deseos de venganza sangrienta en las filas obreras.

Ha sido esta huelga la más exacta confirmación del espíritu antipatriótico que en el seno de la clase obrera se ha desarrollado. Pese a los burgueses, a sus lacayos e ignorantes, el proletariado va dejando al rincón de las cosas viejas esos bastardos sentimientos.

La Sociedad Sportiva, cuyos componentes la forman los miembros más conspicuos de la burguesía argentina, fué la iniciadora de los cobardes atropellos ejecutados en nuestros locales y redacciones de los diarios obreros.

La señalamos a los trabajadores para que la recuerden y sepa cuando llegue la ocasión darle su merecido.

Allí, reunidos el sábado 14 de mayo, a las cinco de la mañana, un número considerable de burgueses e hijos de los mismos, bajo la presidencia del barón Demarchi, resolvieron, después de sendos discursos y copas de champagne, ejecutar el cúmulo de fechorías de las cuales fueron héroes. Fué del local de dicha Sociedad Sportiva de donde salieron en automóviles y coches para dirigirse al lugar de los sucesos de que hacemos crónica, recogiendo en el camino a un gran número de amigos, empleados del gobierno y de la policía, hasta formar un grupo de más de dos mil.

A las ocho de la noche llegaron las hordas salvajes a la casa de La Protesta, rompieron las puertas con los machetes de los vigilantes y se desbordaron dentro, destrozando todo absolutamente y haciendo de ello una pira, a la cual rociaron con kerosene y prendieron fuego, en medio de una algarazá fenomenal, de desaforados gritos y aclamaciones. Aquella escena en la que se agitaban las galeras de felpa de los diputados, los uniformes militares y policíacos, con el coro de estudiantes y cajetillas empleados de gobierno, todo iluminado por las llamas colosales del incendio, nos dan una idea clara y terminante de la cultura de estos señores que tienen un pariente en la Pampa y otro en la Casa Rosada.

Los que más se distinguieron en el papel de incendiarios son los señores: barón Demarchi, doctor Aubone, capitán Lara, diputados Pedro Luro, Juan Balestra, Carlos Carlés, estudiante: Alonso Criado y comisario Reynoso. ¡Remember!

Consumados los hechos en La Protesta, se dirigieron al local del diario La Vanguardia, donde llegaron a las nueve y cuarenta y se ensañaron, destruyendo las máquinas de imprimir, las linotipos, muebles y demás enseres.

Hacemos notar que este diario había hecho una propaganda en contra de la huelga general realizada, la cual no le valió consideraciones por parte de los asaltantes, que de igual modo procedieron en sus atropellos.

Además el doctor Justo, director de La Vanguardia, se había dirigido al departa-

mento de policía, pidiendo seguridades para su diario, y aunque mandaron 20 agentes del escuadrón y le manifestaron que no ocurriría nada, esto no obstó para que consumaran las fechorías que habían resuelto.

Los 20 cosacos presenciaron los destrozos de la revista con una impasibilidad inimaginable. En balde el doctor Justo increpaba al comisario Reynoso, allí presente, para que contuviera a la chusma dorada; éste se reía y manifestaba su alegría, diciendo que «los muchachos estaban entusiasmados...»

Más tarde, cuando el doctor Justo concurrió al Departamento de Policía indignado, a protestar por el asalto a La Vanguardia, se nos asegura que el jefe le ofreció pagar de la caja de policía, los destrozos de ese diario. Esto significaría dos cosas: justificar los atropellos y declarar indirectamente que la policía ha intervenido en las fechorías de la chusma.

De La Vanguardia, los manifestantes, teniendo siempre a la cabeza al barón Demarchi, tomaron la dirección de nuestro local, Méjico 2.070, donde llegaron a eso de las once de la noche.

En el trayecto habían logrado engrosar la fila de coches y automóviles con otros llenos de pesquisas y empleados del departamento de policía y de los ministerios.

Desde lejos se empezaron a oír los gritos de esta invasión de bárbaros... imbéciles. Los vecinos se apresuraban a cerrar las puertas de la calle aterrorizados, sin saber lo que pasaba, y alarmados decían que era una manifestación de huelguistas...

Al grito de ¡viva la patria! ¡muera la burguesía! empezaron a destrozarse las puertas de la calle y la de los escultores en madera y ebanistas.

No hacía dos minutos que hachaban las puertas cuando desde arriba partieron disparos de revólvers contra la chusma de abajo. Ante esta resistencia que no era esperada, por cuanto hasta entonces todo había pasado como en el mejor de los mundos, los niños bien se dispersaron aterrorizados y escaparon haciendo al mismo tiempo fuego en dirección a los altos de la casa.

Los manifestantes, en su huida, dejaron tres heridos, uno de ellos muy grave.

Después que pasó todo lo antedicho, concurrió al lugar el jefe de policía, el cual (al burro muerto la cebada al rabo), dispuso que concurriera un escuadrón de seguridad y un destacamento de bomberos para... evitar la repetición de estos desórdenes.

Casi habíamos estado en serio estas disposiciones, cuando al otro día 15, a las diez y media de la noche, volvieron más enardecidos los manifestantes, y se anunciaron con salvas de revólvers, como para atemorizar a los que hubiera con intención de defender el local.

Los manifestantes se dividieron en dos grandes grupos; uno asaltó el local de Méjico 2070 y otro el de los panaderos, Méjico esquina Saranda.

Pero esta vez, a pesar de no haberse previsto este segundo ataque, parece que hubo también quien tuviera el valor de contestar a balazos los disparos de la chusma, y la prueba la tenemos en los 15 manifestantes heridos, entre los cuales cayó de un estiletazo un doctor que no recordamos el nombre y que lo llevaban en andas rodeado de casi todos los burgueses y cajetillas asaltantes. En ese momento el doctor Aubano gritó como desafiando a los camaradas nuestros que habían hecho resistencia y que permanecían ocultos a sus ojos: —¡Háganse ver, cobardes! ¡Viva la burguesía! ¡Muera los enemigos de la patria!

No había terminado de hablar el zángano aludido, cuando sonó otro tiro, indudablemente dirigido a él, y que fué a dar en el pecho de uno que estaba a su lado.

Entonces se dirigieron a la puerta de una casa del barrio, desde la azo ca de la cual creían había partido el tiro y una vez arriba se encontraron con un palmo de narices y sin encontrar contra quien ensañarse.

Desde entonces el furor de los manifestantes no tuvo límites; con ayuda de los bomberos y valiéndose de las hachas de estos

últimos, rompieron las puertas de nuestro local y el de los panaderos, destruyendo muebles y amontonando todo para prender fuego como en La Protesta, pero esto no lo llevaron a la práctica debido a las súplicas de la directora del colegio del Estado, ubicado al lado de nuestro local.

Como corolario de toda su obra y como quien ha tomado un fuerte poderoso, colgaron en el balcón de los altos una bandera argentina...

¡Bravo a los valientes! Nosotros seríamos del parecer que el gobierno condeciera a los quince caídos con alguna cruz... por lo menos hasta que le demos el vuelto cuando se les antoje volver al asalto.

Según lo que se ve, en los locales obreros fué donde hubo camaradas que supieron contestar a la cáfila de saltadores y sería de desear que los compañeros se dedicaran a vigilar todos los locales obreros, y preparados con armas resistir algún otro ataque que se haga.

Es bueno que seamos nosotros mismos los que defendamos nuestros locales, por cuanto ya hemos visto que la policía solo ha servido para ayudar a los asaltantes.

Sería indigno de nosotros que estos hechos se repitieran y que la calle no quedara sembrada de cadáveres de la «canalla dorada».

Por ahora tienen que lamentar 15 bajas los señores burgueses y sus monos, pero es necesario que este número se multiplique en caso de repetirse los asaltos.

Los alrededores de las calles Lavalle y Andes están habitados por rusos, en su casi totalidad obreros. Tanto es así que el vulgo ha dado en denominar estos parajes por el «barrio de los rusos».

Para nuestros burgueses, ignorantes cretinos hasta lo infinito, un ruso es sinónimo de nihilista, terrorista, fabricante de bombas, etc., y debido sobre todo a que el ejecutor de Falcón fué un ruso, han dado en decir que todos los rusos son peligrosos.

Debido a esto, se organizó una fuerte columna de manifestantes, en la que predominaba el elemento estudiantil, pesquisas y empleaditos. El que iba al frente mandando la columna era un comandante del ejército, de vistoso uniforme.

El primer asalto se hizo en la calle Lavalle y Andes donde está establecido un negociante ruso con un almacén de comestibles. Los manifestantes la emprendieron con las puertas del negocio deserrajándole tiros y pedradas, y como no cedía, la forzaron con una barreta de hierro. Rota la puerta entraron al saqueo, rompiéndolo todo, y hasta al dueño del almacén le hfrieron, el cual, a duras penas pudo deshacerse de las manos de la chusma y escapar a la calle medio enloquecido, sangrando por todas partes y con las ropas completamente desgarradas pedía que le asistieran. El oficial de policía allí presente lo mandó preso...

Mientras tanto la chusma seguía rompiendo las existencias del almacén y las de las piezas contiguas. En una de ellas se encontraban unas pobres mujeres, pálidas y aterrorizadas, de lo cual se aprovechó la crápula de manifestantes y, encerrándose con ellas, violáronlas miserablemente.

Todo eso lo presencié la policía con la tolerancia más escandalosa.

No satisfechos aun los puercos, continuaron por la calle Lavalle, llevando como trofeos los pedazos de puerta y un letrero de planchadora.

En el zaguán de otra casa rompieron arañas del gas, los vidrios y las puertas y todo lo que les venía a mano.

Terminada esta obra propia de bárbaros inmundos, se dirigieron a la calle Junia y Corrientes, donde encontraron una pobre mujer sentada en el umbral de una puerta, y sin que mediara ninguna palabra la abofetearon cobardemente, escupieronle y le dieron de patadas hasta que se cansaron.

Así terminó la obra de estos héroes, pues el comandante dió orden de «alto el fuego» con estas textuales palabras: «Por hoy es bastante; mañana pegaremos otro golpecito».